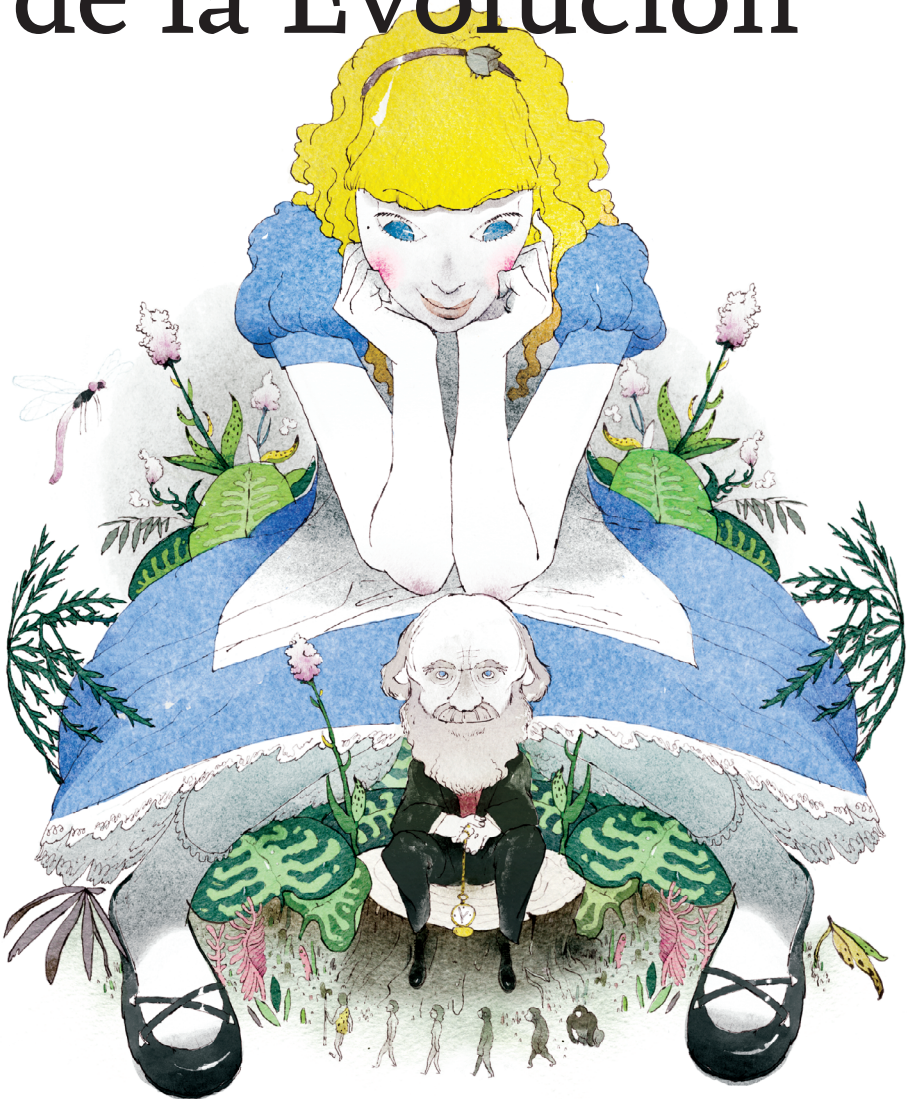


DRAKONTOS

Jordi Agustí

# Alicia en el País de la Evolución



CRÍTICA

# Alicia en el País de la Evolución

Jordi Agustí

CRÍTICA  
BARCELONA

## Tras el conejo blanco

—¡Qué bien se está aquí!

Alicia paseó la mano sobre el césped del parque y abrió los ojos. Las ramas del tilo bajo el que estaba tumbada se mecían al hilo de una brisa agradable. A esa hora del mediodía, el verde de sus hojas apenas podía competir con un cielo completamente azul.

—¡Qué bien se está aquí! Me gustaría quedarme aquí así, para siempre, para siempre... Desearía que este momento fuese eterno, que no acabase nunca.

—¡Puaff! ¡Vaya aburrimiento!

Alicia se sobresaltó y miró a su alrededor. ¿Quién había dicho aquello? ¿O es que estaba soñando? Pero lo único que alcanzó a descubrir fue un hermoso conejo blanco de ojos azules agazapado entre la hojarasca a pocos metros de ella. Se volvió a tender sobre la suave hierba.

—¡Deprisa, deprisa!

Bueno, esto ya era demasiado. ¿Quién andaba por ahí? Se incorporó de nuevo y se encontró con el conejo blanco, quien, esta vez de manera clara y audible, le espetó:

—No tenemos tiempo, deprisa, deprisa.

Y se escabulló entre la hojarasca.

Alicia se quedó atónita. ¡Lo que faltaba! Normalmente tenía que estar atendiendo las demandas de los mayores: «Alicia, haz esto, haz lo otro, no hagas esto, no hagas lo otro...». Se suponía que su obligación consistía en obedecer aquellas órdenes, muchas de ellas absurdas, pero esto era ya el colmo. Que un vulgar conejo blanco —eso sí, muy bonito— se atreviese a dictarle lo que tenía o no tenía que hacer ya era demasiado. Así que se alzó de golpe dispuesta a cantarle las cuarenta a aquel animalillo. ¿Qué se había creído? ¡Pero si sólo se trataba de un conejo, mientras que ella, Alicia, era un ser humano hecho y derecho! ¿Cómo se atrevía?

Dicho y hecho, se metió entre la maleza del bosque, a sabiendas de que su precioso vestido de los domingos —el día que más odiaba de la semana— se iba a manchar y ello le valdría una nueva y habitual bronca por parte de sus mentores. Le daba igual, desde luego esto no iba a quedar así. Pero la tarea inicial que se había impuesto resultó más ardua de lo que pensaba. ¿Dónde se había metido el conejo? ¡Si tan sólo había tardado unos segundos en incorporarse! Desorientada, echó un vistazo aquí y allá, sin grandes resultados. De pronto entrevió cómo el rabillo blanco del conejo se escabullía entre la maleza y desaparecía de golpe. Rauda, Alicia siguió el rastro del pequeño mamífero. A pesar de la diferencia de tamaño, la persecución —si es que así podía llamarse— resultó más ardua de lo que ella pensaba, ya que el animalito siempre conseguía ocultarse entre la enmarañada hojarasca del suelo. Finalmente Alicia se detuvo y repensó su situación. ¡Bah! ¿Para qué ocuparse de una bestia tan pequeña e insignificante? La verdad es

que no valía la pena. Ya se iba a volver al precioso prado verde cuando de pronto se percató de que ahí estaba, desafiante. El conejo blanco se encontraba bajo otro enorme tilo, como esperándola. «Ajá, ahora verás.» Alicia se abalanzó en dirección hacia aquel árbol, pero de nuevo el conejo desapareció de su vista. Cuando llegó al enorme tilo, Alicia se dio cuenta de por qué el conejo había conseguido escabullirse nuevamente. Un gran agujero, una auténtica madriguera se abría entre las raíces del árbol. Presa de curiosidad, Alicia se acuclilló y metió la cabeza dentro de la cavidad.

La oscuridad la envolvió y sintió que una leve corriente húmeda y fría refrescaba su cara. Por lo demás, todo era negrura y silencio. Pero de pronto, de nuevo oyó como un rastrear de patas alejándose de ella. Acercó más el cuello y, estirando el brazo izquierdo, se apoyó sobre una de las raíces subterráneas del tilo. No conseguía ver nada, así que metió también el brazo derecho para alcanzar lo que parecía una sólida piedra bajo las raíces. Pero la piedra resultó menos sólida de lo que parecía (es lo que tienen las piedras...). ¡Oh! ¡Oh! De pronto Alicia se vio como suspendida en el vacío. Sin dejar de aferrarse a la gruesa raíz subterránea del árbol, pegó un brinco y con su brazo derecho trató de agarrarse a alguna otra raíz. Pareció que lo conseguía pero la supuesta raíz también cedió. Sin saber cómo, se encontró con que ahora pendía con los dos brazos por debajo de la primera raíz. El agujero se encontraba ahora al alcance de la mano, pero ¿qué mano? Las dos las tenía ocupadas, aferradas a la única conexión que todavía la ligaba al hermoso mundo exterior. Ay, ay, ay, y esas manos en realidad ya no eran capaces de aferrarse a nada. Es más, inevitablemente sus pequeños dedos, que apenas cubrían el grosor de la raíz, estaban cediendo, incapaces de aguantar el peso del cuerpo. Desesperada, vio cómo le dejaban de obedecer y la soltaban hacia el vacío.

Todo sucedió muy rápidamente. Lo que le pareció que iba a ser una caída vertiginosa se convirtió en un aterrizaje más o menos aparatoso un par de metros por debajo del hueco de la madriguera.

Restregándose las doloridas manos echó un vistazo hacia arriba. ¡Puff! Ahora sí que tenía un problema. El agujero se alzaba claramente sobre su cabeza, incluso podía ver el nítido cielo azul de mediodía y alguna que otra rama, pero ¿cómo llegar allá arriba? Tanteó las paredes de la cavidad en busca de algún escalón o saliente sobre el que pudiera intentar una escalada, pero nada, todo lo que sintió era una superficie lisa y húmeda, más bien resbaladiza. «¡Qué mal! A ver, Alicia, tranquilidad, tú siempre has tenido las ideas muy claras y eres famosa por tu sangre fría. Respira hondo y recapacita. Hacia arriba, imposible. Hacia abajo, tampoco, afortunadamente estás sobre tierra firme. Pero ¿y a los lados?» Un nuevo ruido como de rastreo acudió en su ayuda. Vaya, pero si era el conejo blanco que escapaba por algún rincón de aquel agujero. Aunque difícilmente distinguía alguna cosa, estaba segura de que era él. Avanzó lentamente en la dirección por la que le llegaba el sonido. Lo que en principio le pareció una empresa arriesgada y dificultosa resultó más fácil de lo que pensaba a medida que avanzaba por lo que parecía un largo pasadizo. Oía su propia respiración, en medio de un silencio ominoso, impresionante, como no había oído nunca (¿es posible que el silencio fuese algo que se pudiera oír?, se preguntó). Había momentos en que, si extendía lateralmente los dos brazos, alcanzaba a tocar las dos paredes de aquel túnel. Lentamente, paso a paso, parecía que el tiempo se iba deteniendo. Aun así, siguió avanzando.

¿Cuánto tiempo estuvo caminando hasta que lo vio? No sabría decirlo, pero lo cierto es que, al cabo de un rato, comenzó a percibir como una lucecilla lejana. Presa de emoción, aligeró imprudentemente el paso. La luz se hacía cada vez más clara al fondo, muy al fondo. Era una luz que aparecía y desaparecía, como fluctuante. Pronto se dio cuenta de que lo que estaba percibiendo era algún tipo de luz reflejada sobre las paredes húmedas del túnel, allá en la lejanía. La luz centelleante se fue haciendo cada vez más clara. Ahora ya casi la podía distinguir. ¡Pero si era un fuego, una gran hoguera, allá, al final de aquel agujero! Alicia se dirigió como hipnotizada

hacia aquella fuente de luz. Una gran llama crepitaba sobre una base de grandes troncos y ramas calcinadas. El espacio en el que se encontraba ahora era bastante más amplio que la estrecha galería por la que había descendido. Cuando alzó la vista constató que se hallaba bajo una gran bóveda de varios metros de altura. Las llamas proyectaban figuras fantasmagóricas sobre el techo de aquella cavidad, como espectros de otro mundo que trataban de comunicarse con ella. Se quedó unos segundos absorta, dejándose llevar por aquel espectáculo subterráneo. La alucinación no duró mucho, ya que pronto cayó en la cuenta de que no estaba sola. ¿Qué había sido aquello? Intentó escuchar atentamente. ¡Coff! ¡Coff! Sí, claro, ahora podía oír como un jadeo más allá de las llamas. Con prudencia, Alicia rodeó la gran hoguera e intentó identificar el origen de aquellos suspiros. Una respiración ronca y profunda le llegaba desde su izquierda, a poca distancia de la gran bóveda. Pero, a pesar de que la cavidad estaba ampliamente iluminada, no conseguía distinguir al autor de aquellos sonidos. Y éstos eran ahora muy claros y audibles. Alicia fue a apoyarse sobre la pared cuando se dio cuenta de que otra cavidad, bastante más baja, se abría en un lateral. Agachando la cabeza se metió en la pequeña galería, escasamente iluminada por el fuego de la gran cámara. Y allí lo vio. Una figura humana estaba tumbada sobre el suelo, manipulando algún objeto que aplicaba sobre la pared de aquella pequeña cavidad. Presa de curiosidad, pero también con un poco de miedo, Alicia fue aproximándose a aquella extraña figura. ¡Pero si era un salvaje! En efecto, sobre el frío suelo de la cueva pudo distinguir a un individuo barbudo y desaliñado. Alicia se ruborizó. ¡Estaba desnudo! Nunca antes había visto a un hombre desnudo y eso la turbó sobremanera. ¿Debía o no debía mirar? Bueno, de todos modos algún día tenía que ser la primera vez, ¿no? Además, aunque desnudo, aquel individuo estaba todo él pintarrajeado, con figuras y rayas de color rojo y negro, como los tatuajes de los marinos que había visto en el puerto de Londres. Parecía bastante alto y de tez oscura. Venciendo su te-

mor y una cierta aprensión, Alicia se sentó sobre el suelo a poca distancia de él. El salvaje no le prestó ni la más mínima atención, absorto como estaba metiendo los dedos en unos pequeños pocillos con pintura ocre y aplicándola sobre la pared de la cavidad. A pesar de su desordenada apariencia, Alicia se percató de que debía tratarse de una persona relativamente joven, de unos veinticinco años a lo sumo. «Pero, ¡válgame Dios! ¡Vaya aspecto! ¡Si parecía que tuviese setenta! La piel, reseca y arrugada, dejaba entrever a un individuo escuálido al que se le podían contar todos los huesos. Su boca entreabierta mostraba una dentadura incompleta, en la que faltaban por lo menos un par de incisivos y alguna que otra muela. Además, mostraba una gran cicatriz en una pierna. Esta vez fue Alicia la que carraspeó, tratando de atraer la atención del personaje. Pero como si nada. El salvaje mantenía su mirada fija, como hipnotizado, sobre la pared de la roca en la que estaba pintando. Alicialadeó la cabeza para poder distinguir el objeto de los esfuerzos de aquel peculiar artista. ¡Qué bonito! ¡Eran grandes leonas como las que Alicia había visto en una de sus visitas al Zoo de Londres!

—No son leonas, son leones.

Alicia pegó un respingo. Resulta que aquel salvaje sabía hablar y se había dirigido a ella.

—Leones de las cavernas —precisó sin mirarla.

Dispuesta a seguir amablemente aquella conversación, Alicia replicó.

—Oh, no, son leonas. Yo he visto muchas veces a los leones del Zoo de Londres, y todos ellos muestran una gran melena. Y la melena de los felinos que estás pintando es más bien escasa.





El salvaje emitió un bufido y volvió fastidiado la cabeza. Lanzó una severa mirada a Alicia y, volviéndose a centrar en sus dibujos, añadió con desgana:

—¿Por qué os empeñáis en pensar que *vuestro* presente es *el* presente, que vuestro mundo siempre ha sido así, como eterno? ¡Qué ridiculez! —soltó con desprecio.

Tras unos segundos de silencio embarazoso, añadió:

—Hace 30.000 años, los leones y otros grandes mamíferos como los mamuts, los rinocerontes lanudos y unos grandes ciervos con astas de casi tres metros poblaban esta zona. Todo estaba helado, era la época de los grandes fríos y había que sobrevivir a base de la escasa vegetación que resistía bajo la nieve, de manera parecida a la que hoy se encuentra en la tundra ártica y en las estepas de Siberia.

Alicia se preguntó cómo era posible que aquel salvaje conociese todo aquello. Como leyendo su pensamiento, el salvaje prosiguió:

—Aquél es mi mundo, el mundo del cual procedo. Elefantes y rinocerontes estaban protegidos del frío por una gruesa capa de pelo. Los leones como los que estoy pintando eran más robustos que sus parientes africanos actuales, y su melena era mucho más corta y tupida, protegiendo la zona del cuello, por eso te han parecido leonas. Pero son leones.

A continuación se quedó en silencio y continuó, absorto de nuevo, su actividad pictórica. Intentando congraciarse con aquella figura, después del patinazo inicial, Alicia pensó que un comentario elogioso facilitaría el diálogo.

—¡Qué bien pintas! ¡Parece mentira, con los pocos medios con los que cuentas! Se nota que eres un gran artista.

—No soy un gran artista. Ni siquiera soy un artista.

Alicia hizo caso omiso de aquel comentario impertinente y continuó:

—Pues una vez, en casa nos visitó sir John Grimshaw, que es un buen amigo de nuestra familia, un gran pintor que ha expuesto sus obras en la Tate Gallery.

El pintor rupestre no pareció muy impresionado tras aquella información. Fastidiada, Alicia decidió volver a la carga.

—Pero hay algo que no entiendo.

Y sin esperar una respuesta que sabía que no iba a llegar, continuó:

—¿Para qué pintas aquí? No parece que éste sea un lugar muy apropiado, aquí al fondo de una cueva, a decenas de metros de la salida. ¡Nadie o casi nadie lo va a ver! Y, aun así, ¿por qué pintar estas hermosas figuras en esta pequeña galería lateral? Ahí al lado, donde la hoguera, hay una gran bóveda en la que tus dibujos lucirían mucho mejor. Francamente, no lo entiendo.

El salvaje se dio la vuelta, miró de reojo a Alicia y de nuevo volvió a su tarea, moviendo la cabeza de derecha a izquierda, en un gesto de clara reprobación. Al fin, emitiendo un suspiro, respondió con desgana:

—Dime, ¿para qué pinta ese amigo tuyo?

—¿Cómo que para qué pinta? —preguntó Alicia.

—Sí, ¿por qué pinta tu pintor?

Alicia se dio cuenta de que no tenía una respuesta para esa pregunta. ¿Para qué pintar? ¿Para qué sirve el arte, si es que sirve para algo? Alicia se declaró rendida.

—No lo sé...

—Pues si tú no sabes por qué hoy tu amigo pinta, ¿cómo puedes pretender saber para que pintábamos nosotros hace 20.000 años? Primero aclarad por qué pinta la gente de vuestra época, y luego ya podréis discutir sobre nuestras pinturas rupestres.

La contundente respuesta pilló desprevenida a Alicia, quien en ese momento estaba a punto de romper a llorar. Su compungido aspecto pareció ablandar al salvaje.

—Bueno, está bien, se trata de un viaje...

¡Un viaje! Vaya, vaya, la cosa se ponía interesante.

—¿Un viaje? ¿Hacia dónde? ¿Y cómo?

—¿Quieres acompañarme? Te advierto que no puedo garantizarte el billete de vuelta.

Pero a estas alturas (¿o serían bajuras?) Alicia estaba dispuesta a todo con tal de salir de aquel agujero. Sin esperar su respuesta, aquella especie de hechicero le señaló una serie de cuencos en los que Alicia no había reparado hasta entonces. El salvaje tomó uno de los objetos del cuenco, una especie de vegetal reseco, y se lo introdujo en la boca.

—No te preocupes, son setas, están muy buenas.

Con una cierta aprehensión, Alicia acercó la mano a las setas. Las había de distintos tipos.

—Toma varias, las necesitarás para el viaje.

Siguiendo sus instrucciones, se metió unas cuantas de ellas en los bolsillos del vestido. El hechicero seguía expectante, mirándola. Alicia comprendió que estaba esperando a que, como él, mordiese alguna de aquellas setas. Venciendo sus reparos, introdujo una de ellas en su boca y la masticó. Hummm... Pese a su aspecto, el sabor era agradable, aunque se sintió un poco mareada. Cerró por un momento los ojos, tratando de centrarse. Cuando los abrió, el salvaje había desaparecido. ¿Dónde estaba? Volvió a salir a la gran bóveda. Una vez fuera, por poco se muere del susto. Allí delante, frente a la hoguera, se alzaba sobre sus cuatro patas un enorme león de las cavernas, clavadito al que había visto en las pinturas de la galería. Alicia se quedó como petrificada delante de aquel gran felino, que ahora la miraba desafiante. Al poco, Alicia comprobó con asombro cómo el león de las cavernas abría la boca y se ponía a hablar.

—Venga, hemos de irnos.

Alicia reconoció la voz del hechicero que había encontrado en la galería.

—Monta sobre mi lomo y agárrate fuerte, porque vamos a ir muy rápidos, casi volando.

Sin ofrecer la más mínima resistencia, Alicia ejecutó mecánicamente lo que le indicaba el gran felino. Se subió al lomo del animal y con los dos brazos rodeó con fuerza aquel robusto cuello.

—¡Nos vamos! —proclamó triunfante el león de las cavernas, lanzándose a toda velocidad por una nueva galería.

Sin girar la cabeza, Alicia notó cómo la gran bóveda con su hoguera quedaba rápidamente atrás. La oscuridad la envolvió de nuevo; lo único que notaba ahora era el cuerpo peludo y caliente del animal y el aire frío y húmedo de la cueva que le azotaba la cara. El galopar rítmico del felino le parecía a Alicia un latido trepidante que se imponía al silencio profundo de la caverna. Alicia se dejó llevar y cerró los ojos, casi adormecida sobre el lomo de aquella bestia.